

LAS VÍSPERAS DE LA GUERRA

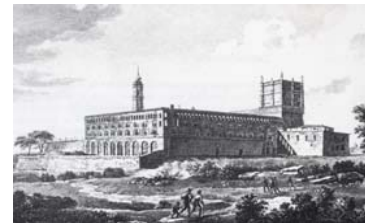
El profesor José A. Armillas ha estudiado la carestía de la vida en Zaragoza a comienzos del siglo XIX por causa de las malas cosechas. Subieron los precios del trigo, en continuación de un problema recurrente que ya había provocado los motines de 1766 en muchas ciudades del país, incluida la capital del Reino de Aragón. Hay, no obstante, una breve recuperación en 1805 y 1806, que se torna al año siguiente en nuevas alzas de precios y de impuestos del azúcar, las especias, el aceite, el carbón, los helados y el vino. La ira del pueblo zaragozano se manifestó en la expulsión del intendente Garciny a pedradas de la Plaza del Mercado y de los aledaños de la Puerta Quemada a finales de marzo de 1808. Por los mismos días los estudiantes, reunidos en la Cruz del Coso, quemaron un retrato de Godoy, lo que obligó al Claustro a decretar el final adelantado del curso por un Real Acuerdo de 24 de marzo. El 2 de abril el intendente salió con licencia real de Zaragoza para no volver más. La alegría popular por este hecho conjuró la revuelta preparada por los sectores proclives al llamado "partido fernandino", que detestaban a Godoy, entre los que se hallaba la condesa de Bureta, el marqués de Ayerbe y un joven guardia de corps José de Palafox y Melci, que había participado en la conjura de El Escorial de 1807 y en el motín de Aranjuez del mes anterior. Incluso llevó prisionero a Godoy para entregarlo a los franceses y recibió el encargo de presentarse ante el nuevo rey Fernando VII, entonces ya en Bayona bajo custodia de Napoleón, para contarle lo ocurrido y esperar órdenes.



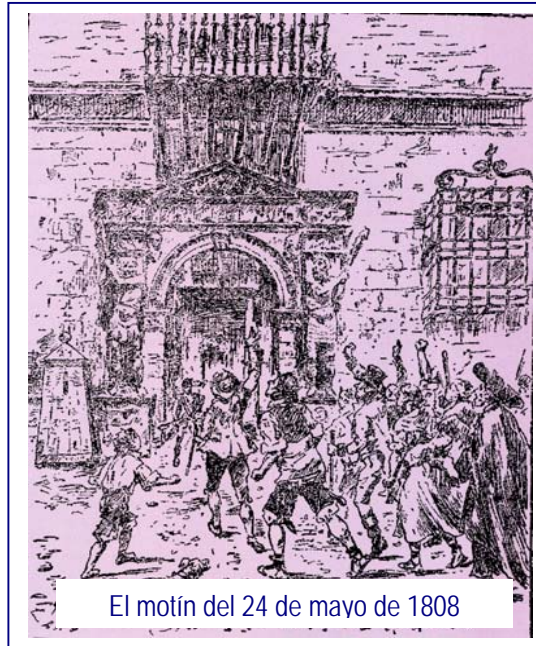
José de Palafox y Melci



Vistas de Zaragoza de 1806. Desde la arboleda de Macanaz (izquierda) El monasterio de Sta. Engracia desde el Huerva (derecha)



Mientras tanto, en Zaragoza el goteo de noticias llegadas de Bayona o de la Corte acerca de los movimientos de las tropas francesas y de los acontecimientos del 2 y del 3 de mayo sembraba la inquietud entre sus habitantes. Esa agitación se tornaba beatería antifrancesa atizada por los curas de la ciudad y sus rogativas para el regreso con bien del rey Fernando, que por entonces ya había abdicado en su padre Carlos IV. Al mismo tiempo, las clases populares urbanas, labradores, artesanos de los gremios y jornaleros, se reunían a diario en una tertulia vespertina junto a la Puerta Quemada e inundaban las tapias de pasquines contra Godoy y contra los franceses. Este movimiento entroncó con el que representaban los miembros aragoneses del partido fernandino en la jornada del 24 de mayo, fecha en que se conocen en la ciudad las noticias de la renuncia de Fernando a favor de su padre Carlos IV y de la salida de los príncipes hacia Bayona.



El motín del 24 de mayo de 1808

Los amotinados, labradores en su mayoría, se dirigieron a la sede de la Capitanía General en la Casa de los Gigantes, en el Coso, y exigieron al Capitán General Guillelmi la entrega de armas. Ante su negativa, fue conducido hasta la Aljafería, donde se depositaban las armas, y encerrado. Algunos cañones y unos 5.000 fusiles fueron distribuidos inmediatamente entre unas gentes que pronto comprendieron que no tenían contra quién disparar. Ni la Real Audiencia ni el Ayuntamiento adoptaron decisión alguna. A la mañana siguiente alguien sugirió el nombre de José de Palafox y Melci, que ya había regresado de Bayona huyendo de los franceses y se había refugiado en la finca del marqués de Ayerbe en La Alfranca, cerca de Zaragoza, en espera de acontecimientos y de mejores tiempos. Podemos imaginar gracias a sus memorias la turbación que debió de sacudirlo al ver llegar a gente armada. Ante la insistencia de los recién llegados, Palafox aceptó el cargo de Capitán General que se le ofrecía por la revuelta popular y se dirigió a Zaragoza. El 26 fue aclamado Capitán General y el 27 hizo su primera proclama.

El día 9 de junio Palafox convocó una sesión de Cortes del Reino de Aragón a la antigua usanza para dar legitimidad a su nombramiento de origen demasiado subversivo y para dejarse aconsejar sobre cuál había de ser el siguiente paso. Una medida inmediata fue exigir la devolución de las armas, a lo que los amotinados del 24 de mayo accedieron con algunas protestas. A continuación, Palafox se aprestó a la organización de un ejército mediante el alistamiento obligatorio de todos los aragoneses de entre 16 y 40 años. Los soldados franceses no tardarían en llegar.